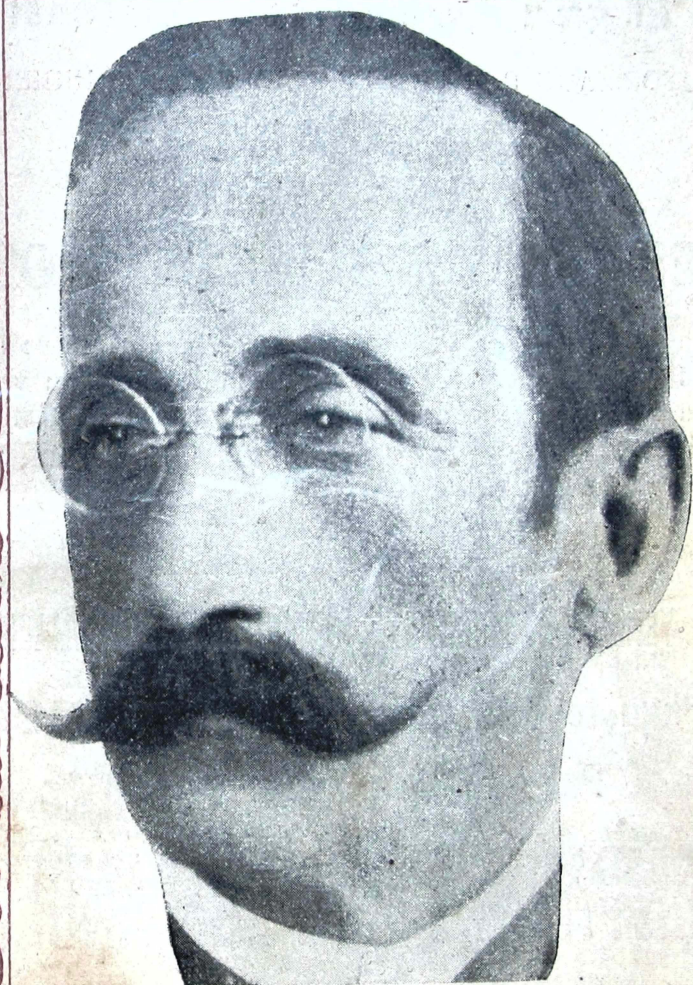


# LA NOVELA SEMANAL



**LA ESFINGE**

Por Julio del Romero Leyva.

**PRECIO: 10 Centavos**

# TE DE LOS ANDES

---

---

**El gran Regularizador Intestinal**

AUTORIZADO POR EL DEP. NACIONAL DE HIGIENE

INDICADO ESPECIALMENTE PARA  
CURAR LAS ENFERMEDADES DEL

## ESTÓMAGO E INTESTINOS

Sin igual para el **EMPACHO**. Una taza de **Te de los Andes**, despues de cada comida, sustituye con gran ventaja al café, té o licor estomacal, asegurando una digestión plácida y perfecta.

*Pruébelo Vd.*

SE VENDE EN TODAS LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Paquete grande \$ 2 - Mediano \$ 1.20

Paquete de prueba \$ 0.40

## COMPAÑÍA TE DE LOS ANDES

**Bmé. MITRE 968**

**UNION TELEFÓNICA 7404, Libertad**

# LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL  
LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Florida 1408

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo, 1288

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, No. 833

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451

Agencia en Córdoba, Alta Gracia y Río 4.º, NICOLAS GULFO

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

## PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso.
2. La huelga, de Hugo Waast (G. Martínez Zuviría). (Agotada) en Reedición
3. Artemis, de Enrique Larreta.
4. Una madre, en Francia, de Belisario Roldán. (Agotada) en Reedición
5. Luna de Miel, de Manuel Gálvez.
6. La Psiquina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de José Ingenieros.
8. El Cofre de Ebano, de Alejandro Sux.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instinto, de Pedro Sondereguer — (Edición Agotada). en Reedición
11. La Evasión, de Benito Lynch
12. La Ciudad del Amor y la Muerte, de Julián de Charra.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Musio Sáenz Peña.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
16. -Plutón, de Julio Navarro Monzó
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARA

## EN LA SENDA de Antonio Juliá Tolrá

(Oscar Tarloy)

Primer premio del concurso de cuentos, efectuado por "La Prensa", en el año 1916. Autor de: "Al Margen de lo Humano" y "Príncipe Azul".

## SUCESIVAMENTE

### 20. "La Voluptuosidad del poder"

de Pedro Sondereguer

autor de "EL INSTINTO" en 3 partes, que aparecerán en los días 1, 2 y 3 de Abril

## CREMA BELLA AURORA



Garantida para quitar las

# PECAS

PAÑOS y MANCHAS de la cara

Stillman Freckle Cream Co. Aurora Illinois U. S. A.

Unico representante:

Agente en ROSARIO:

**LORENZO S. PICCININO**

**ALEJANDRO ETTORRE**

DÉFENSA 119

ESPAÑA 1084

U. T. 4281 Avda.

Teléfono No. 2589

## JABON - BLANCK REMOVER

(Quita espinillas y barros)

y POLVO PARA LA CARA

En venta: En todas las buenas Farmacias y Droguerías



D. ARÁOZ ALFARO

Académico y Profesor  
de la Facultad de Medicina

Cefe del servicio de niños del Hospital San Roque

LARREA 1124

Martes, Jueves y Sabado  
de 2 a 5

Buenos Aires, Diciembre 187  
114

El medico que suscribe,  
Profesor de la Facultad de Medi-  
cina y Cefe del Servicio de Niños  
del Hospital San Roque, certifi-  
ca: que ha usado con resulta-  
dos muy satisfactorios en la dietética  
de niños sanos y enfermos de su  
Cuartelón y de la Liga Argentina  
contra la tuberculosis la harina  
"Seminol" elaborada por la Com-  
pañía Argentina de Productos  
dietéticos y ofrecida gratuita-  
mente por la misma.

Aráoz Alfaro

CEREALES MALTEADOS

SEMINOL

---

## El Número Especial del 1.º Abril

### Al público:

Durante los días 1, 2 y 3 de Abril se pondrá a la venta, correlativamente, una novela inédita titulada "**LA VOLUPTUOSIDAD DEL PODER**", que por su extensión tenemos que subdividirla en 3 partes.

Esta nueva producción de PEDRO SONDEREQUER autor de "**EL INSTINTO**", por constituir una novela del actual ambiente social y político, por la belleza de su estilo y por la intriga y emoción de su contenido, será leída con vivo interés.

LA DIRECCION.

# LA ESFINGE

---

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

**JULIO DEL ROMERO LEYVA**

---

Trás no pocas divagaciones sobre el carácter de la novela moderna como factor de educación; yo negando su eficacia como tal y abogando por la imaginativa, él sosteniendo lo contrario, me dijo mi amigo, Luis Treviño.

—En estos asuntos, más que la teoría, son los hechos los que deben hablar...

Voy a narrarte la historia que uno de mis íntimos amigos me contó ayer, que reducida a la forma de novela, daría tema para una de esas que la moda da en llamar de tesis. Hechos corrientes, que sin ser conocidos de todos, son por muchos tenidos por fantásticos, no obstante entrañar realidades aleccionadoras.

Y, encendiendo un habano comenzó:

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

**PIDANSE EN LOS KIOSKOS ESTACIONES DEL SUBTERRANEO  
Y VENEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES**

## I

El sol poniente, doraba con sus rayos las cornisas y azoteas de los altos edificios que bordean la Avenida, mientras que el suelo de la calzada despedía, con el tufillo del asfalto reblandecido, el calor en él acumulado durante aquel día de Enero, en verdad que canicular. Las aceras, más o menos resguardadas por la sombra que proyectaban las copas de plátanos y toldos, habían sido, durante toda la tarde, refugio de los transeuntes, forzados a arrostrar, por el imperativo de los negocios, una temperatura, mantenida en torno de los 39°.

Día excelente para los cafés y bars, que tuvieron las mesitas, colocadas en las aceras, constantemente ocupadas por gentes ansiosas de apagar la sed.

A ambos lados de la calzada, y lo más próximo posible a los cordones de las aceras, se iban formando las habituales hileras de automóviles y volantas de alquiler, en marcha lenta, a la busca del cliente. Entre esas hileras y los burladeros centrales, base otrora de las columnas-soportes de focos eléctricos, comenzaban a pasar, lanzados a toda velocidad, uno que otro elegante vehículo, hacia el oeste, en busca de la Avenida Callao, paso poco menos que obligado para ir desde el centro de la ciudad al clásico Palermo. Si la riqueza de esos equipajes, poco—y en algunos nada—decían de lo habitual en otras estaciones del año, la carga que llevaban sí; decía que el gran mundo bonaerense se había eclipsado de la enorme metrópoli, dejando en ella a lo incógnito, lo dudoso, cuando no a lo reconocidamente malo. Lo improvisado y lo que pugna por “llegar”, se sucedían y alternaban, pasando con afectado desdén, por entre las gentes que desde las aceras contemplaban el creciente desfile, citando nombres que, por cierto, no figuran en ninguna guía social; nombre acompañado de uno que otro comentario, de autenticidad dudosa, pero siempre de pésimo gusto.

El frente del Tortoni, era el que reunía mayor público; tanto que, al llegar aquella tarde, cerca de las 6 p. m., ya encontré ocupada la mesita a la que solía yo sentarme con matemática regularidad, cada día, para tomar una taza de te tibio, con unas lonjitas de limón.

Convencido de que no había libre otra alguna, me acerqué a quien ocupaba la tenida como mía, por derecho del uso cotidiano, pidiéndole permiso para sentarme en una de las tres sillas libres.

—Es usted muy dueño, contestó sonriente el interpelado, y casi debo ser yo quien ha de pedirle permiso para continuar aquí... ya que aquí le veo todos los días...; es terreno conquistado.

—Caballero... ignoraba...

El paso al trote largo de un soberbio "landeau", arrastrado por dos preciosos caballos de pura raza inglesa, me cortó la frase. Recostada en sus almohadones, mirando a su frente, sin ocuparse, ni con ese disimulo del que las mujeres son maestras, de las miradas de todos, iba la gallarda mujer que quizá era la única cuyo porte de refinada dignidad sellaba los libios, listos siempre a la anécdota picante, real o imaginada, con que se comentaba el paso de otras. De ella sólo se decía un mote: "La Esfinge" — ¿Quién era? ¿de qué vivía? ¿dónde vivía? — Cuestiones todas, mil veces propuestas, y satisfechas sólo con vaguedades, que, ¡cosa singular! jamás transpusieron el límite que separa de lo discreto a lo indiscreto.

Mi compañero de mesa notó el interés con que miraba el paso del lujoso tren, y, una vez vuelto yo a la realidad de lo que me rodeaba, me dijo:

—¿Conoce Vd. a esa dama?

—La veo pasar por aquí todas las tardes; esto es todo. Creo que está Vd. en lo cierto, al calificarla de dama...

—¡Oh!... de esto no cabe duda. Hay algo, señor mío, con lo que se ríace, y que no se adquiere: un algo indefinido e indefinible, que se revela en el aire, en la postura, en el gesto, ... en todo, por fin. Ese algo envuelve y satura a... "La Esfinge".

—Por lo visto, conoce Vd. el "mote"...

—Anda en labios de todos... "afortunadamente, con respeto".

El tono suave con que me había hablado, tono de exquisita distinción, realzada por el acento de castizo castellano, adquirió una modulación distinta, mezcla de energía con levísimo temblor, al pronunciar aquel "afortunadamente, con respeto".

—No es, por cierto el que se rinde a la mujer la virtud que sobresale en el sexo fuerte, de esta ciudad... Verdad es que no todas lo merecen, observé yo.

Una tenue arruga se diseñó en la frente de mi improvisado compañero.

—Ha de permitirme una contradicción. Creo, sin vacilar, que toda mujer, sea cual sea su condición, merece respeto. Usted alude a las caídas en vida irregular. Despreciemos sí,

y con toda el alma a esa vida irregular; a quienes la han ocasionado y a quienes para satisfacer sus apetitos inconfesables la fomentan... pero no, ¡por Dios!, a sus víctimas. Puede ser que se sonría usted al escuchar la cita que voy a hacer: Cristo nos enseñó el perdón a las caídas. Repase usted los Evangelios. En cambio fué inexorable con los fariseos... y los no fariseos.

—Abundo en el mismo orden de ideas, repuse, y me felicito de encontrar a una persona que encara, tanto sin ligereza como sin fanatismo, un punto que he tocado en más de una de mis obras...

Y, sacando la cartera del bolsillo, le alargué mi tarjeta:

HÉCTOR AVYEL

El correspondió con la suya:

DOCTOR JACOBO FUENTES TREJÓ

—Conozco, señor Avyel, una de sus obras: "De vuelta a mis lares"...

—Es la que marca el principio de mi segundo período de novelista. El primero es, desde el punto de vista moral, poco recomendable. Rendí mi tributo a la inexperiencia de la vida, al unilateralismo al encarar problemas, que tienen varias fases... Estudiar sólo una, es un error... de los más funestos.

—Pero si en errores ha incurrido, creo que están redimidos con su obra "De vuelta a mis lares".

—Es usted bondadoso en extremo.

La amable charla continuó largo rato, en torno de temas literarios. Pero no era tanto esto lo que me incitaba a no cortarla, como una especie de presentimiento de que el doctor Fuentes sabía algo más que los demás de "La Esfinge". Tanto, que al levantarse él para retirarse, aventuré esta frase:

—¡Qué raro, que la dama, causante, sin quererlo de nuestro conocimiento no haya vuelta a pasar...

—Con la temperatura de hoy, los alrededores... Palermo... la Recoleta... Belgrano... convidan a alargar el paseo. Además, ¡vaya uno a saber si se ha ido a su casa!

Y, sin darme lugar a nuevas preguntas, prosiguió:

—¿Señor Avyel, sería usted tan amable que me acom-



pañara mañana a almorzar?... No se excuse usted: le prometo una buena mesa... y visitará usted mi Sanatorio. Había olvidado decirle, que soy médico, graduado en Madrid y rivalizado en Buenos Aires. Me gusta la sociedad intelectual y gozo especialmente con la compañía de pensadores...

—Entonces, cuente usted con el más aburrido de sus almuerzos... Iré sin embargo, por complacer a usted.

Un buen apretón de manos, y nos separamos.

## II

Los focos de la Avenida estaban todos encendidos ya, cuando abandoné la mesita del café, y a paso lento, para hacer tiempo hasta la hora de mi comida en el Plaza Hotel, me dirigí hacia la calle de Florida, pensando en aquella mujer, verdadero enigma; en el doctor Fuentes Trejo... y, sin saber porqué, asociando a los dos en mi pensamiento.

Llegado que hube a la esquina de la Avenida y Florida, una mano se apoyó con energía en mi hombro, mientras que la voz bien conocida de uno de mis compañeros de redacción, cuando pertenecía yo a la de uno de los rotativos de la mañana, Paco Reverter, me decía:

—¡Dónde diablos te metes! ¡Hace un siglo que no te veo! ¿Gozas de tu último triunfo literario?

—Descanso, mi buen amigo. “De vuelta a mis lares”, es la novela que me ha costado más trabajo...

—Se comprende: ¡hasta su estilo es distinto... y no hablemos del fondo, que es la antítesis de cuanto has sostenido en otras... especialmente en aquella que fué causa de tanta controversia: “Raza Nueva”.

—Si: “Raza Nueva” no es sino un funesto error psicológico. Partí de un punto de vista... quizá simpático... y me propuse una tesis no menos simpática... y ahí estuvo mi error: el sentimiento, por elevado y generoso que sea — y el de lavar de toda mancha a los hijos “irregulares”, irresponsables de los pecados de los padres, lo es — no puede, ni debe presidir, con prescindencia de la razón moral y del consenso social, a una obra de tesis.

—Quizás callas algo... Lo sospecho por lo de tu última obra: “tus lares” son, así lo creo, las ideas en que fuiste educado, y de las que te apartaste.

—Cierto, Paco; pero “doblemos la hoja”. Todo esto per-

tenece al pasado... que quisiera poder borrar en absoluto.

Paco Reverter, joven muy inteligente, no insistió desviando por otro rumbo la conversación, mientras seguíamos por Florida al Norte.

—Y, ¿no piensas volver al diario? — me preguntó.

—Puede ser; dentro de un par de meses, cuando sienta mi cerebro reposado. Por lo demás, “De vuelta a mis lares” se vende mucho: así es que el factor económico no me preocupa por ahora... Mira: estoy llevando una vida casi vegetal. Por no leer, ni los diarios leo. Y quisiera evitar, hasta el pensar!

Haces bien. ¡Feliz tú que puedes hacerlo! La guerra, con los apasionamientos que suscita, rayanos en odio feroz, ofusca, ciega al ochenta por ciento de los que escriben y de los que leen, sin aportar luz alguna sobre los problemas del presente, ni sobre los del futuro... más pavorosos, créeme, que los actuales...

—Cierto: la crisis — de algún modo hay que llamar al “volte-face” de tantos diarios — es, a mi entender tan honda, que no me siento tentado, por ahora al menos, de reincorporarme al periodismo militante. Quizá me decidiré por una nueva novela... Te lo confieso: el tema lo tengo en embrión, y creo que, si “me resulta”, tal como lo entreveo, le pondrá la ceniza en la frente a las anteriores.

—¿Novela vivida?... ¿Cómo todas las tuyas?

—Quizá le conviene más el término, “que se está comenzando a vivir”.

—Y, sin darle lugar a decir algo, le pregunté:

—¿Conoces a “La Esfinge”?

—De vista... como todos. ¿Va a ser tu nueva protagonista?... Entonces debes conocerla.

—Tú lo has dicho; “debo”... es decir, necesito conocerla. No sé por qué, pero desde hace un rato, tengo el presentimiento de que estoy sobre la pista...

Conté a mi amigo la conversación habida con el doctor Fuentes Trejo y las observaciones que me sugirió...

—El doctor Fuentes Trejo, es un alienista notable. Un poco raro... eso así. Imagínate, que instaló, hace más de tres años, un regio sanatorio en Belgrano, cuyo sostenimiento requiere una fortuna. Pues bien sus clientes son indigentes. Digo mal: los hay que lo son, otros nó. Estos, al salir, entregan a las familias de aquellos, la suma que creen conveniente... lo que, en otras partes, abonarían a la administración del Sanatorio. En éste, solo hay dos médicos: Fuentes Trejo y otro, mucho más joven: se turnan en el ser-

vicio. En cambio, cuenta con un maravilloso cuerpo de enfermeras, unas españolas, que han practicado en Suiza, y las otras suizas de nacimiento, todas a las órdenes de una religiosa francesa. Es algo seleccionado; algo que, entre lo laico, se aproxima a la Hermana de Caridad de San Vicente de Paúl, e igualándola en la técnica. De ese cuerpo de enfermeras se toma a las que han de asistir, en casos graves a damas y señoritas de la alta sociedad...

—Conoces, Paco, mucho de ese Sanatorio...

—¡Qué quieres!... la profesión. Y, te lo confieso: también yo estuve espoleado por la curiosidad acerca de "La Esfinge", cuando — hace 6 u 8 meses — iba, a sus diarios paseos en coche, con una señora de más edad, pero de arrogantísima figura, que se le parecía como una perla a su gemela, ... pero, si cabe, más esfinge que ella. de una abstracción rayana en la inconciencia. Sospecho que "el mote" se le aplicó a esa que hace dos meses ha desaparecido, y la otra lo ha heredado!

—De lo que me dices deduzco que la misteriosa incógnita, tiene que ver con el Sanatorio...

—No lo sé a ciencia cierta... Un día agujoneado por la curiosidad, tomé un auto, dando orden de seguir discretamente al "landeau"... Y tras largo trayecto, por Recoleta, Palermo y Belgrano, lo vi entrar por la puerta trasera del Sanatorio del doctor Fuentes Trejo. Tú, que has ejercido la profesión de periodista, sabes los milagros del "carnet", cuando la abona el sello de un diario serio. En nombre de éste, solicité del médico director — tu relación de esta tarde — visitar el Sanatorio. ¡Algo admirable!... dudo que en Norte América, ni en Europa misma, haya alguno que le supere. El doctor Fuentes Trejo, después de hacerme recorrer todas las dependencias e instalaciones de la casa, me explicó su organización interna. De ahí tengo los datos que te he dado. Español, de una pieza, que transciende en todo a aristócrata de abolengo... y de naturaleza propia, quizo acompañarme hasta la puerta cuando iba a retirarme. A pocos metros de ésta, estaba un pabellón: el único en que no habíamos entrado... Sobre el arco de la entrada se leía, en un letrero dorado:

“CUERPO DE ENFERMERAS”

“Es — me explicó — el alojamiento de mis buenas compañeras de tarea”.

—Sólo entonces aventuré la pregunta que hacía más de una hora tenía a flor de labio. — Doctor, si no es una indiscreción, voy a preguntarle algo,.....

—Ustedes, los periodistas, están en su elemento, cuando preguntan. Pero, no olvide usted que nosotros, los médicos, estamos en el nuestro al mantenernos fieles al secreto profesional. Hecha esta salvedad, estoy a su disposición...

—¿Quiénes son esa dama y esa señorita que hace un rato, momentos antes de entrar yo llegaron?....

—¿En un “landeau”?

—Precisamente...

—Son dos excelentes damas, que visitan casi a diario, a mis enfermas: nada más sé: ni el apellido he retenido...

Paco Reverter y yo, habíamos llegado a la esquina de Florida y Lavalle. Aquél, que tenía su nido de soltero impenitente en una casa de esta calle, se detuvo para despedirse.

—Que saques en claro, mañana, en el almuerzo, algo más que yo, acerca de “La Esfinge” — me dijo —: porque, no me lo niegues, se te ha puesto entre ceja y ceja, que tu nuevo amigo, sabe cuanto te interesa de ella...

—Tanto, como interesar, no...

—Vamos: no entiendas mal lo que te quiero decir. No quiero decir que estés ya enamorado... Pero, ¿ando lejos de lo cierto, si sospecho que, a fuerza de ver a esa mujer... y a fuerza del misterio que la rodea, has esbozado o tan siquiera vislumbrado tema suficiente para una nueva novela?

—¿Qué hay, en la vida, querido Paco, que no se preste a ser dado, bajo la amable forma de novela? Con los grandes dolores humanos — mi especialidad — ocurre lo que con las medicinas amargas: se dan en cápsulas de sabor dulce...

Dicho lo que, y trás fraternal abrazo nos separamos, siguiendo yo mi camino hacia el Plaza Hotel.

Fuerza es convenir en que, hechos, al parecer aislados entre sí del todo, vienen a encontrar vinculación, con la idea que ocupa con preferencia y tenacidad nuestra mente: todos sus detalles se nos antojan cual jalones, que marcan rumbo al pensamiento. En los sucesos de esa tarde, de una vulgaridad aplastadora, veía yo algo que, sin apartarse de lo ordina-

rio, tenía visos de ese misterio que con fuerza arrastra a la imaginación, cuando cosas de verdadero fuste no la ocupan. ¡La imaginación! ¡qué de realidades desconocidas, cree crear, cuando lo que en el fondo hace, es dar forma y vida a lo que en el alma vive en germen, listo para tornarse en "positivo", apenas circunstancias favorables a la evolución la provoquen. El leve cambio del tono de voz del doctor Fuentes Trejo, al pronunciar una frase relacionada con "La Esfinge"; lo tan inhabitual en mí, de aceptar y prolongar una charla, con un desconocido; lo más inacostumbrado todavía de ser invitado a almorzar en el Sanatorio; el encuentro casual con Paco Reverter; la suerte de pesquisa llevada a cabo, semanas antes, por éste, en pos de la enigmática dama... todo ello, girando en torno de ésta, era bastante y aun sobraba, para crear en mi alma un estado psicológico indefinido, pero bien conocido por cuantos, como yo, husmean a lo largo de la vida, en procura de un problema individual o colectivo escapado a la observación, y, por ende, el análisis de los pensadores.

El Plaza Hotel: acababa de trasponer su entrada, cuando caí en la cuenta de que mi anfitrión del día siguiente, al invitarme a almorzar, había olvidado señalarme hora exacta, y al acercarme al teléfono, para preguntarla, la empleada, me dijo:

—Señor Avel, hace un rato que han hablado del Sanatorio del doctor Fuentes Trejo, preguntando por usted.

—¿Dijeron si volverían a llamar?

—No: me encargaron que dijese a usted, que lo esperaba el doctor, mañana a las 11 de la misma.

### III

A la lluvia torrencial, caída durante toda la noche, sucedió un amanecer espléndido. Día que se anunciaba, desde las primeras horas, radianté de luz y con la temperatura que acompaña al pampero, fresco y puro.

Ha sido siempre una de mis aficiones favoritas, en días como ese, madrugar mucho. Antes de las 7, recorría ya las avenidas de Palermo, montando mi yegua favorita, "Leonora". Creo que fuí el primero en llegar al clásico paseo: uno que otro peatón, tipos sin interés alguno, andaban uno por aquí, otro por allí, sin rumbo, con esa "nonchalance" del



paseante que se mueve como un autómatas, entregado muy burguésmente a un prosaico ejercicio físico, sin mirar y aún sin ver, la belleza seductora de la vegetación, del paisaje y sin levantar, ni por casualidad, la mirada al cielo, oro sobre azul claro, limpio de toda nube.

Yo mismo, malgrado ser — según mis amigos dicen — un pensador injerto en soñador, poco era lo que veía en torno mío. Las ideas, aún mal ordenadas, del día precedente, y la curiosidad, en tensión, hacía mi visita al Sanatorio, pocas horas más tarde, no tanto por ésta, como por saber cuanto posible fuese de “La Esfinge”, me mantenían en un estado de absoluta reconcentración. Tanto, que “Leonor”, marchaba casi a su antojo, sin rienda que la guiara y sin la presión de mis rodillas, con las que gobierno a ese noble animal, al que le puse el nombre que llevaba, en recuerdo de una de las amistades más intensas de mi juventud.

Difícil me sería afirmar cuánto rato hacía de ese divagar más que pasear, cuando me di cuenta de que, varios ginetes y algunas amazonas, animaban el paseo. Recuperé entonces el dominio de “Leonor”, la que, cual si se diera cuenta de mis deseos, tomó su habitual y elegantísima “allure”, que de ella hacía un animal único en Buenos Aires.

Acababa de pasar en sentido contrario al mío, un grupo de seis amazonas inglesas o norteamericanas, que por un breve momento contemplaron al animal, por mí montado; cuando de uno de los recodos del camino, salió otra amazona, seguida, a una corta distancia por un lacayo, jinete en negro caballo.

Una leve presión con las rodillas en los flancos de mi yegua, la obligó a tomar un trote largo, hacia la aparecida. Unos segundos más, y pasaba por su lado.

¡La Esfinge”!: más hermosa, y “más esfinge”, que en su “landeau” de las tardes. Sí: más hermosa, más esfinge, y, si cabe, más elegante que nunca. Libre del tul con que la veía de ordinario, pude apreciar, si bien a la ligera, las facciones de su rostro y la expresión de su mirada, reconcentrada, y fija como siempre al frente, pero saturada de vida. Así, como ella, recuerdo que miraban al cielo, las mozas que tanto me sedujeron, en mi estada de vacaciones, cuatro años antes en Marruecos. Ojos negros; todo vida o todo muerte, al sabor de sus gallardas dueñas.

Dejé pasar unos minutos; teniendo la suficiente fuerza de voluntad para no volver atrás la cabeza ni una sola vez; pero, cuando, según mis cálculos, la distancia que me separaba de ella debía ser discreta, obligué a la yegua a virar

en redondo. Allá, a pocos metros, estaban la amazona y a su lado el lacayo que conversaban, mirando atentamente a mi animal. Al llegar a su altura, creí correcto saludar. Ella correspondió con una leve inclinación de cabeza, y poniendo a su caballo a un osadísimo galope tendido, desapareció a lo largo del camino carretero a Belgrano.

Solemos los hombres, aún aquellos que nos preciamos del don de mundo, incurrir en errores, a los que el calificativo de antisociales es el más benigno de cuantos se les puede aplicar. Yo, que momentos antes tuve reparos de dignísimo respeto, al no querer hacer dar vuelta a mi yegua, temeroso de ofender con una impertinente curiosidad a "La Esfinge", encguecido ahora, por no sabía qué poderosísimo impulso, hice lo que nunca; castigar con ambas espuelas a "Leonor", lanzándola en pos de la gentil incógnita.

A poco de galopar, teniendo siempre ante mí, la silueta de aquella mujer y la de su lacayo, pude darme cuenta de que, si mi animal superaba, por su estampa única, a los caballos montados por ellos, no les excedía en velocidad: la distancia que nos separaba, manteníase uniforme, constante.

Diez o quince minutos duraba la impertinente caza, cuando, en lo más recto del camino ví que mis perseguidos doblaban hacia su derecha, abandonando el camino real.

Mecánicamente me paré sobre los estribos para reconocer el camino seguido por los "fugitivos", perdiendo repentinamente el dominio de las bridas de mi trotona. Poco o nada acostumbrada "Leonor" a tales y tan repentinos cambios, asustada sin duda, pegó un bote de grupa, que me hizo saltar por las orejas, dando con la cabeza en tierra. Dicho se está, que perdí el conocimiento.

#### IV

—No se mueva Vd.: es la orden más severa que ha dado el doctor Fuentes Trejo.

Estas fueron las primeras palabras que oí al volver en mí.

Entreabrí los ojos. A mi lado estaban una Hermana de la Caridad y a una enfermera.

¿Dónde me encontraba? — Poco a poco las ideas y recuerdos fueron haciéndose más claros. Sentía un gran dolor de cabeza, y una verdadera tortura en la pierna izquierda.

—Vuelve en sí, dijo la religiosa a la laica: hágame la caridad de ir a avisar al doctor.

Y, luego, acercándose a mi cabeza, como para evitarme preguntas, me dijo:

—No se alarme Vd., señor: un accidente de equitación... una conmoción cerebral sin importancia... y la fractura de la tibia: total treinta o cuarenta días de reposo.

—¿En qué Sanatorio?

—En el más cercano al lugar del accidente: el del doctor Fuentes Trejo, de cuyo cuerpo de enfermeras, me he hecho cargo hace dos años... Antes todas éramos hijas de San Vicente... ahora la guerra ha llamado a mis hermanas, a los frentes...

De pronto me acordé de "Leonor".

—¿Y la yegua, ha sufrido?

—Estaba al lado de Vd. sana y muy quieta, cuando el doctor lo trajo a Vd. en su auto. Ha ordenado que la "hospitalicen" en las caballerizas de la casa, agregó sonriendo.

La puerta del aposento se abrió, dando paso al médico. Su figura tan atrayente, lo resultaba más, con el cómodo y blanquísimo guardapolvo que vestía.

—Va Vd. a ser mi huésped, querido señor Avely, un "rato" más de lo que sospechábamos ayer. Y, si bien deploro la causa, créame que... pocos huéspedes podían serme más gratos que Vd. Además, su estada en esta casa — suya desde este momento — le será útil: un novelista del fuste suyo, encontrará, sin buscarlos, más de uno de esos problemas de la vida, que suele Vd. intentar resolver en sus novelas.

Iba yo a contestar, pero él, con un imperativo, en el que lo amable de la forma nada restaba a lo terminante del fondo, me impuso silencio.

—Señorita Isabel — dijo a la enfermera — cuide Vd. de la renovación del hielo a la cabeza. Es, por ahora lo más importante. En la visita de la tarde, examinaremos la pierna: creo que podremos cambiar el tablilleado por la venda de yeso... si no hay inflamación. Y, Vd., señor Avely, lo único que debe hacer... es no hacer nada: si posible fuese ni siquiera pensar.

\*

\* \*

A los veinte días, pude abandonar el lecho. Veinte días en los que no sabía ya qué admirar más, si la nobilísima abnegación del doctor Fuentes y de su médico asistente el doc-

tor Lamas, o la caridad sin límites de Sor Jeane, la bondadosa Hermana de Caridad, francesa, o si por fin, la actividad de las señoritas Margarita é Isabel, las dos enfermeras puestas a mi servicio.

¡Cuántas horas habíamos pasado en amena e instructiva conversación, el doctor y yo!

Conociendo mi lado débil, me había contado, sin citar nombres ni fechas, los más interesantes casos de su clínica: esos casos que, por desarrollarse en altísimas esferas sociales, escapan a muchos. En la mesita, al lado de mi poltrona de convaleciente, aún inválido, se iban amontonando cuartilla tras cuartilla, con apuntes cuidadosamente ordenadas, "caso por caso", en las que anotaba yo los datos más curiosos recogidos en nuestras charlas. Estas, al principio, eran conducidas por mi amigo ya, hacia temas agradables, que no requerían esfuerzo mental alguno: música, pintura, viajes y, sobre todo, recuerdos de nuestra patria común, España. Más tarde, y a medida que mis fuerzas se acrecentaban, fueron tolerados los literarios; en especial, el género novela.

—Por más que parezca una paradoja — me dijo una vez — la novela es un medio de inmensa eficacia, para la divulgación de principios útiles. Descarto, desde luego, la imaginativa...: nada más reñido que ella con el carácter positivo de la época. Así lo han comprendido los maestros modernos, para quienes cada vida es un tema. ¡Lástima, empero, que no hayan entrado por el aro, de la higiene moral! Los mismos que más descuellan — en nuestro idioma, inclusive — se complacen en "casos patológicos"; recuerde Vd. a la Curra, a Boy y a tantos otros de Luis Coloma; recuerde Vd. a más de uno de sus protagonistas, amigo Avyel—: no concibo como no se reacciona hacia — insisto — la higiene moral; la que previene, con preferencia a la que cura...

—Tiene Vd. razón. Pero, por lo que a mí atañe, "De vuelta a mis lares" responde a esa tendencia...

—Sí: la Alcira, en cuyo rededor ha tejido Vd. la trama de su última obra, es maravillosa materia prima, para esculpir en ella a una mujer fuerte, tal como el Evangelio la quiere — Tiene Vd. en esa obra, otros dos tipos admirables; Encarnación y Estrella, y es lástima que no los haya Vd. delineado con tanto cuidado como la primera...

—No son las protagonistas...

—¡Oh! — cada mujer sana — de alma y cuerpo, — es, o merece ser, una protagonista...

Y, tendiendo su brazo por encima del alfeizar del mirador al que estábamos asomados, dijo:

—Vea Vd. a esas pacientes, cuerpos sin alma, o, lo que es peor, cuerpos con alma enferma... ¡Cuántas no estarían aquí, de haber vivido en un ambiente higienizado! Querido Avyel, yo sueño en una Humanidad mejor — casi quimérica — en una Humanidad ideal, obra del sacerdote, del maestro, del sociólogo y del médico-higienista, asociados en el grandioso Apostolado de la Previsión...

—La Humanidad futura... repuse yo — Pero, ¿cuándo será realizable?

—El día en que resurja en toda su pureza, y adaptada a la época, aquella sociedad que floreció en las épocas de la grandeza moral de España y de la Francia de San Luis... : sociedad básica, sobre la que se edificará la que Vd. llama Humanidad futura.

En ese momento, pasaban, por la alameda, frente al mirador, una dama, apoyada del brazo de una enfermera, vestida ésta con el uniforme blanco de la casa, y cubierta la cabeza con la toca del mismo color, con la cruz violeta, en el bendal de la frente.

¡Qué parecido más notable, entre esa joven y "La Esfinge"! — Luché largo rato por contener la pregunta que pugna por salir de mis labios, y vencí, en la lucha.

Ni una sola vez, desde mi entrada al Sanatorio, hablamos de aquella mujer, cual si, el doctor y yo, estuviésemos de tácito acuerdo, en no recordar la escena de nuestro encuentro.

—Ahí tiene Vd. el caso de curación más notable de mi clínica, me dijo cuando ambos se habían perdido de vista. Es el que más me enorgullece: notable por todos conceptos. Esa dama es, como Vd. y como yo, española — Hija de títulos de Castilla, e inmensamente rica, amén de su belleza, vió mariposear en su rededor a la flor y nata de la aristocracia madrileña. Altiva, aparentemente fría, y de una afición decidida al estudio, no prestó atención alguna a sus cortejantes. Las grandes sesiones de las Academias y Ateneos de Madrid, la atraían más que el Real, que la Zarzuela, el Eslava... y que los salones... Un buen año, la Academia de Medicina de Madrid, confió el discurso inaugural del año académico a un joven médico, calificado como sabio, malgrado su juventud, por los colegas. Los diarios y revistas anunciaron la sesión con grandes elogios del joven conferenciante, cuyo retrato hicieron popular. La joven intelectual concurrió al acto y... dé la admiración al amor, en almas como la suya, media un paso. Ese paso fué dado..., y por uno de esos fenómenos contradictorios, que se resisten a todo análisis, aquella joven, tan pura, tan recta y tenida en sociedad como la



mejor... moralmente..., cayó. Y, cayó, al parecer sin remedio, ya que el joven médico, que ejercía en Madrid tenía en Barcelona una esposa.

Omito detalles que conozco....., por lo mucho que se habló del caso, en la Corte, donde entonces ejercía yo. Dos años duró el engaño. De éste nacieron una niña y un niño. Hasta que un buen día, Dios permitió que se desennascarara al seductor. Entonces madre e hijos desaparecieron de Madrid. Unos creían que se habían refugiado en Irlanda, otros dijeron que la joven madre, trataba de olvidar — el principio del perdón — estudiando medicina en Berlín... en resumen: nadie sabía, a ciencia cierta, la verdad. Unos meses más y la "tigera cortaba en otros paños". El médico causante de esa desgracia, hizo un viaje a Buenos Aires, veinticinco años más tarde: viudo, sin hijos y rico, se proponía conocer a este país. Como era natural, sus primeras visitas fueron para los Hospitales admirables de la gran capital. Parece que, en el de Clínicas le fué presentado, como especialista notable en enfermedades nerviosas y mentales, a un joven médico, llegado hacía poco de las facultades danesas.

El médico español supo resistir, sin que se le contrajera ni un músculo de la cara al darse cuenta, por el apellido, de que estaba ante su propio hijo — Inútil entrar en explicaciones: supo poco después que su víctima, se asistía de una delicada aficción mental en un sanatorio... que en él la asistía como enfermera, graduada de tal, en Copenhague, su propia hija...

Íntimo, muy íntimo mío, el pobre padre, sintiendo el peso formidable de su remordimiento y admirando más que nunca a la "mujer-madre", que, en medio de su desgracia supo criar y educar a sus hijos, cayendo tras tanto sufrir y luchar en la insania, quiso que la enferma se asistiese en mi Sanatorio, entonces, acabado de instalar. Esa es la dama; la enfermera que la acompaña es su hija y mi médico asistente es el hijo.

Trás breve pausa, agregó:

—Callo nombres: usted comprenderá bien el alcance del secreto profesional. Emperò... ¡quién sabe, si algún día podré ser más explícito!... Y ahora, vaya una buena noticia para usted: dentro de dos o tres días estará usted en condiciones de emprender su viaje a las Sierras de Córdoba: es el lugar mejor indicado para un restablecimiento completo. Cuando usted regrese, tendré el placer de invitarlo a una fiesta con que me propongo celebrar el 4.º aniversario de la

fundación del Sanatorio, que pasará a manos de mi médico asistente.

—¿Cómo? ¿va usted a dejar?....

—Sí: la curación completa de la enferma cuya historia le he contado, cerrará, con broche de oro mi vida activa. Esta casa necesita elemento joven y bien preparado y nadie mejor que él para el caso.

V

Pocos días antes de cumplirse los dos meses de mi residencia en una quinta cerca a Cosquín, recibí una larga carta del doctor Fuentes Trejo, en uno de cuyos párrafos me recordaba el deseo de que concurriese a la fiesta de la que me había hablado. “La de la mañana, será — decía — religiosa, y por cierto que resultará interesante, pues en ella se celebrará un matrimonio. Después del almuerzo y previas las formalidades del caso, daré posesión del Sanatorio a mi sucesor, y a la noche habrá baile, en honor de los desposados. Espero — terminaba — que no faltará usted”.

\*  
\* \*

El día señalado llegaba yo al Sanatorio, antes de las 8 de la mañana, siendo introducido al despacho de mi amigo, por el ordenanza de servicio.

—Dentro de un momento, me dijo, el doctor estará con usted.

Un algo rarísimo me hacía presentir que la fiesta en cuestión, respondía a cosa mucho más importante que la conmemoración de un aniversario... Sobre la mesa de mi amigo vi dos marcos de retratos, que jamás había visto antes. Espoleado por la curiosidad tomé uno y no sin cierta sorpresa ví la imagen de una dama, de porte digno de una reina. Salvo su cabello gris, en lo demás, era viva reproducción de “La Esfinge”: en el otro, sin duda posible, ví a ésta, con el uniforme de enfermera. Abstraído en la contemplación de ésta, no había oído al doctor Fuentes Trejo que había entrado, y que sonriente me miraba.

—¿Es al hombre de mundo, o al sociólogo novelista a quien saludo?, — me preguntó. — La expresión de su rostro confirmó lo que era ya en mí una convicción: el médico

“seductor”, era él; la enferma, su seducida; “La Esfinge” su hija, y el médico que iba a asumir la dirección del Sanatorio, su hijo.

—Ni al hombre de mundo — contesté — ni al sociólogo novelista, es a quien saluda usted, mi querido doctor. Es al amigo, que felicita a usted por su próxima boda y por la reconquista legal de sus hijos.

Una nobilísima nube de lágrimas cubrió los ojos de mi amigo, que me estrechó contra su pecho en cariñoso abrazo.

\*  
\* \*

Al concluir el almuerzo que siguió a la misa de casamiento, el afortunado padre me dijo:

—Sea usted amable, y acompañe a Lolita. — La Ex Esfinge — a dar una vuelta por el parque.

Jamás, jamás me he sentido más torpe al llevar del brazo a una mujer que en esta ocasión.

—Tengo que reprenderlo a usted, — me dijo ella, — por algo... que me toca de cerca... Por seguirme estuvo usted a punto de matarse meses atrás...

—Pero... ¿me reconoció usted?

—Las mujeres, señor Avyel, tenemos una doble visión, que nos permite ver, sin mirar. Ya en mis paseos diarios, por la Avenida, notaba que usted estaba... intrigado, por mí... La cosa viene, así, de lejos. Y la famosa mañana de Palermo, se condujo usted como un cadete... Papá tiene por usted un gran afecto... y yo, como buena hija, lo imito.

—¡Qué hombre superior! — repuse yo.

—Sí: es un alma excepcional... Su fortuna íntegra la ha invertido en esta obra, que él llama de regeneración y reparación. La curación de mamá, es una prueba de que Dios puede resolver los más difíciles problemas de la vida, y de que subsiste aquella gran frase de Cristo a la Magdalena: “Tus pecados te serán perdonados, porque amaste mucho”. El amor ocasionó una caída: el amor ha salvado a los caídos.

—Señorita, discurre usted, con admirable precisión, y, lo que para mí vale mucho más: esa idea del amor que redime y salva, es aquella en la que tengo más fe...

—Sí: redime y salva... Pero, hay que saber amar, señor Avyel: todo amor que no esté listo para el sacrificio, no es amor. Papá me dió a leer hace tiempo una de las obras de usted: allí, en aquella Alcira admirable que usted diseña, se cristaliza mi ideal del amor.

—¡Oh! pero jamás hasta el grado alcanzado por su señora madre...

—¡Y, por papá!

—Señorita, ¿me permite usted pedirle un gran favor?

—Mil... que usted desee.

—¿Consiente usted en ser mi amiga... intelectual?

—¡Siempre que esa amistad no me obligue a escribir... ¡concedido!

## VI

De la cooperación que la gentilísima joven prestó a la tarea en que bien pronto me engolfé, cooperación de ideas, consejos y hasta enmiendas, más de una vez fundamentales, nació en mí el sentimiento de una profunda estima intelectual.

Dedicábamos las tardes de los dos días semanales que almorzaba yo con la familia del doctor Fuentes Trejo a ordenar, seleccionándolas las cuartillas repletas de apuntes, escritas durante mi convalecencia. Habilísima en la combinación de datos y elementos de "un caso" con los de otros, a fin de no delatar hechos que, por lo mismo que eran dolores humanos ni se debía, ni honradamente podía entregar a la curiosidad pública, me tejíó, inconscientemente el canavás de varias obras, que solo Dios sabe si llegarán algún día a existir en forma adecuada.

Decir esto y sentar que entre Lolita y el novelista se creó una intimidad mental, trocada, poco a poco, y con perfecta inconsciencia, en sentimental, sería querer poner en claro una evidencia. Y, de la intimidad sentimental, a otro orden de afectos media sólo un paso. Me di cuenta de ello, y midiendo la enorme distancia que separaba social y sobre todo financieramente a la mujer que yo amaba de mí, tomé el único camino honroso en tales casos: afectando urgencias económicas me reincorporé al diario, con cuyo personal directivo, había mantenido amistosa vinculación. Las tareas de mi nuevo puesto me brindaron fáciles pretextos para espaciarse de más en más, mis visitas a mis amigos y los "tête a tête" con Lolita. El enorme esfuerzo de voluntad que debía desarrollar para ello, lejos de amortiguar mis sentimientos, los avivaba, con tal intensidad que decidí un viaje a Europa.

\*

\* \*

Pocas semanas antes de emprenderlo, la Dirección del

diario me encargó de las crónicas del Congreso de Literatos reunido en la capital, al que habían concurrido los "ases" de la literatura hispano-americana, Congreso que debía cerrarse con un baile al que los congresales, sus familias y las relaciones íntimas de estos serían invitados. Del festival de clausura se ocupó, con sendos elogios la prensa en masa, preparando su éxito.

Llegado que fué el momento de las invitaciones, la secretaría de la comisión encargada de la fiesta, me remitió una invitación, a mi nombre, como novelista, sin restringir el derecho acordado a todos de hacerse acompañar por las personas de su relación. En este sentido, remití al secretario, el nombre de la familia del doctor Fuentes Trejo, haciéndolo como un acto de deferencia a la comisión.

Al día siguiente recibí en mi "garçoniere" una esquila, subscripta por el secretario, invitándome a una entrevista. aquella tarde, a las 5.

Sin sospechar, ni remotamente de qué se trataba, y creyendo más bien en algo relacionado con el diario, acudí a la cita y tras los saludos de estilo, el secretario, me invitó a pasar a una habitación inmediata.

—Señor Avyel — me dijo, — debo comunicar a usted algo sumamente desagradable. Algo que sólo yo sé, y que me ha obligado a no dar curso a la propuesta enviada por usted ayer, a favor de la familia del doctor Fuentes Trejo...

—Caballero — repuse yo — ¡al grano!

—Ese distinguidísimo facultativo, a quien conozco desde hace muchos años — fuimos consocios en el Ateneo de Madrid, allá por el año 1887 — merece como sabio, y como filántropo, la más alta estimación...

—Insisto, señor, ¡al grano! — interrumpí yo, ante la evidencia de lo que iba a oír.

—A él voy!... Esta estimación, y si es necesario, el más profundo respeto, disto más que nadie de negárselo... Pero, precisamente en aquella época... se vió envuelto en un hecho, comidilla de la murmuración;... cierto idilio, que, no por haber tenido, hace poco, aquí, en Buenos Aires, un epílogo honroso, deja de ser un inconveniente... Usted se hará cargo de que, ni la señora de Fuentes Trejo, ni su señorita hija...

No le dejé concluir: por entre las paredes de aquel cuarto resonó el eco formidable de una bofetada... Un terno, digno de un carretero, brotó de los labios de mi interlocutor. Entraron las personas quedadas en la secretaría, atraídas por el grito...



—Acabo, señores, de abofetear a ese... caballero.

Y, dirigiéndome a éste:

—Estoy a las órdenes de sus padrinos, en mi despacho de la redacción.

\* \* \*

Clareaba el día, cuando dos automóviles llegaron casi simultáneamente a los bajos de Belgrano, sitio elegido para el lance por los padrinos. Y, previas las formalidades del caso, nos dispusimos al acto.

Por mi mente, durante los segundos que, de espaldas a mi rival, aguardaba las palmadas reglamentarias, cruzó la imagen querida de "La Ex-Esfinge", la Lolita cuya dignidad iba yo a lavar o a perecer por ella. Más probable lo segundo, ya que iba a habérmelas con un tirador afamado.

Por fin!... Sonaron las tres palmas. Giramos los dos sobre los talones... y sonaron, casi al unísono dos disparos... La bala de mi enemigo me había alcanzado en el pecho...

\* \* \*

Fué esta vez el doctor Fuentes Lamas, quien me asistió en el Sanatorio, y su hermana la enfermera única, que se puso con abnegación sin igual, de día y de noche a la cabecera de mi cama.

—¿Hay peligro? — la pregunté, al quedar solo con ella, después de la primera curación.

—Ninguno. La bala — véala usted, — extraída por mi hermano, no ha alcanzado ni a rozar el pulmón... Pero: ahora, quédese usted muy quietito y muy callado.

Así la mano que arreglaba la vuelta de la sábana, y estampé en ella un beso.

—Al enfermo... se lo perdonó, — dijo ella. — Espero que...

No concluyó la frase. Yo juraría que se le anudó algo en la garganta.

Rápida la curación, pude, unas semanas más tarde dejar la cama y bien pronto dar por el parque del Sanatorio, un paseo... el primero, apoyado del brazo de Lola.

—Ahora, que está usted bien, amigo mío, ¿quiere usted decirme, por qué se ha batido usted? Es curioso que los días no se han ocupado de ese duelo...

—A impedirlo, para que no anduvieran en labios mordaces, nombres que yo respeto.. y quiero con toda el alma, dediqué las horas anteriores al duelo.

—Sí: pero, ¿por qué se batió usted?

—Perdóneme, Lolita. Deseo hablar de esto con su papa.

—Nó: antes conmigo. Lo quiero... lo exijo. Un hombre como usted, no se bate... sino por un mujer. Quiero, de una vez por todas, llegar a lo hondo del... misterio que rodea su conducta con nosotros, hace unos meses... Vamos, ¿quién es ella?

—¿Lo exige usted?

—Ya se lo he dicho...

—Pues, "Ella" es una encantadora mujer a quien me fué dado ver cada día, durante meses, de paso... unos segundos... los que tarda un "laudeau", en pasar, por delante de la mesa de un café: "Ella es una encantadora mujer, modelo de hijas y de... enfermeras; "Ella" es una amazona arrogante...

—¡Niño!... ¡eterno niño! ¿Para llegar a este punto, ha necesitado usted jugarse dos veces la vida?

Lola me tendió ambas manos, que tomé en las mías, cubriéndolas de besos.

—Pero, ¿por qué ha callado usted tanto tiempo?

—¿Podía considerarme digno de usted? Usted es rica y yo no tengo otro capital que mi pluma...

—Que vale más que mi dote... Pero: hay algo, en todo esto, que no me explico, ¿cómo, por mí, se ha batido usted?

Rodeaba los sillones de la glorieta en que se desarrollaba esta conversación una tupida enredadera, y tanto Lola como yo distábamos mucho de sospechar, que tras de ella escuchaba cuanto decíamos, el doctor Fuentes Trejo, quien asomando su hermosa cabeza de sabio, por la entrada, dijo sonriente...

—¿Estorbo?... A tu última pregunta, Héctor no puede contestar. Sólo te diré que estoy en antecedentes de todo... Lo único que siento es que se haya batido con un descalificado, según el código de honor, en Madrid. Apenas supe quien era, venciendo enormes repugnancias, fui a verlo... y te puedo asegurar que no será él ni sus padrinos, quienes hablen del asunto. Ahora: ¿quieren ustedes concluir su interesante conversación, ante mi mujer y mi hijo, en la salita del té?

\* \* \*

Reunidos en ella, toda la familia y yo, el buen amigo, facilitó el difícil paso, dirigiéndose a su mujer.

—¿Sabes, querida, que dentro de poco la capilla del Sanatorio, volverá a estar de gala?

Sonrió la bondadosa dama, como solo las madres saben sonreír ante la felicidad de los hijos.

—No me sorprende: era algo que tenía yo descontado, para más temprano o más tarde... ¿Qué escapa a una madre, que interese a la dicha de su hija?... Señor Avel, yo me considero dichosa al ver en usted a uno de los pocos hombres, capaces de hacer feliz a Lola...

—¿Y tras de todo esto — intervino el hermano de Lola — seguimos con el formulismo del "usted"? — Vamos Héctor, abraza a tu prometida.

*Julio del Rosero Reyva*



**Casa RUIZ & ROCA**

2, FLORIDA, 2 = Bs. Aires



La casa más antigua e importante en sus especialidades de:

**PEINADOS, POSTIZOS y PERFUMERÍA**

SOLICITEN CATALOGOS

*Las damas elegantes  
que quieran dar a su  
rostro un encanto de  
divina belleza, deben  
usar el*

**POLVO GRASEOSO**

**LEICHTNER**

*exquisitamente per-  
fumado.*

*No se dejen engañar con ca-  
jas similares; exijan el ver-  
dadero Leichter, y no otro.*

VENTA EN TODAS PARTES

*En Montevideo:*  
**MACEDONIO FERRARI**  
Juan Carlos Gómez, 1513

*En Asunción (Paraguay):*  
**GUILLERMO PERONI**  
Ayolas esq. Benjamín Constant

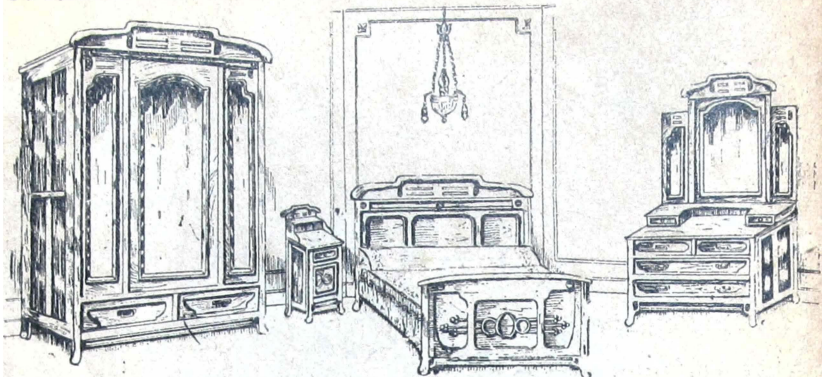


**LEICHTNER**

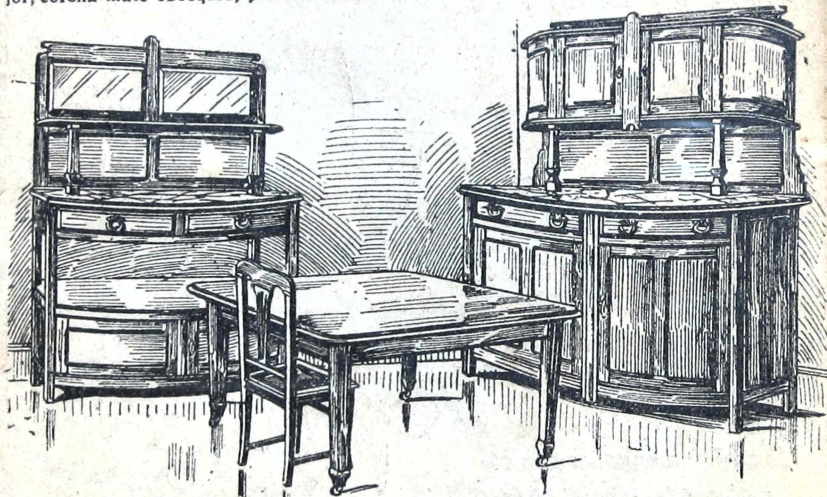


# Muebleros y Particulares

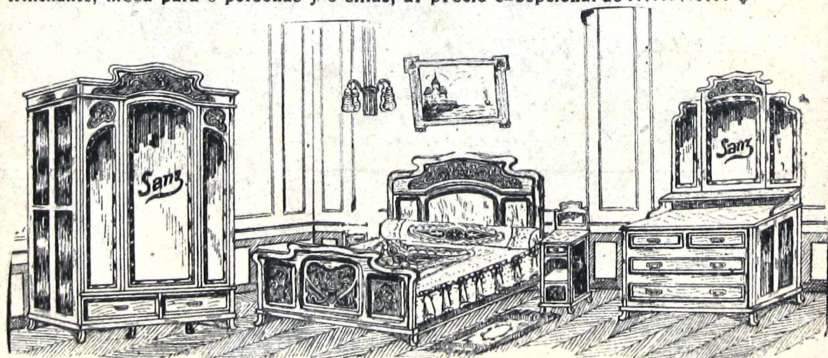
F. RAMOGNINO — CASA SANZ — 826-SARMIENTO-844



GRAN JUEGO roble macizo, importado, 3 cuerpos, gran formato, 9 piezas, lo mejor, colcha mate obsequio, por ..... \$ **285**



JUEGO DE COMEDOR, de roble o cedro, con bronce, compuesto de aparador, trinchante, mesa para 6 personas y 6 sillas, al precio excepcional de ..... \$ **215**



ELEGANTE y sólido dormitorio 8 cuerpos, roble norteamericano, importado, macizo, bien tallado, 9 piezas, lunas bis., már. rosa, antes valian \$ 500, colcha obsequio. \$ **270**